

CAPITULO III.

EL CALVARIO.—MARIA Y SAN JUAN.

Un momento solemne fué sin duda aquel en que el Hombre-Dios, el Sacerdote eterno fué clavado en el patíbulo del esclavo. Un fenómeno inaudito hasta entónces se manifestó en los cielos, repitiendo al mundo admirado la última palabra de la ilustre víctima. (1) *Todo está con-*

[1] Phlegon refiere que en la vigésima Olimpiada correspondiente al año 33 de la era cristiana, hubo el más

sumado. El sol cubrió con un velo sangriento su disco luminoso, y amenazó al pueblo deicida con una noche sempiterna. La naturaleza se revistió con un manto de duelo; la tierra se cernió sobre sus ejes, inmensas abras hendieron el Calvario (1) el velo del templo fué violentamente desgarrado, los sepulcros se abrieron y dieron paso á sus víctimas para volver á la vida. En medio de aquella agitacion universal, en el momento de tan lúgubre trasformacion, sobre la cima de aquel doloroso Tabor, aparecen de pié, inmóviles, dos generosos personajes; se les supondria extraños al desórden general,—tan absortos estaban en la contemplacion de la augusta víctima. Un hombre y una muger, Juan y María, vírgenes los dos, ambos herederos legítimos de las virtudes de la inmortal víctima. Ahí

grande eclipse de sol que jamás se hubiera visto; que al punto del medio dia, las estrellas se dejaron ver en el cielo.

Con ocasion de este eclipse. D'onisio, astrónomo, exclamó: ó la naturaleza se destruye, ó el autor de la naturaleza sufre.

[1] Todavía se ven ahora estas abras en el Calvario

estaban firmes, atentos porque era la consumación suprema, el fin de los dolores, la promulgación de la paz por el amor; era el último suspiro, la última mirada y el último coloquio. ¡Oh, quién me hubiera concedido entonces sondear el pensamiento de aquellos tres corazones angustiados por la muerte! ¡Quién me dijera lo que hubo de punzante en aquel sublime dolor y en aquella heroica resignación del alma de aquella mujer, virgen y madre al mismo tiempo, cuando oyó la palabra de separación?

¿Quién podrá pintar y contar los sentimientos que oprimieron el corazón de Juan, cuando Jesús moribundo le constituyera tutor de su madre, heredero de todas sus prerogativas de hijo, depositario de su mandato divino, legatario universal de su sacrificio? Juan y María estaban allí á los ojos de Jesucristo, como cuarenta siglos ántes se encontraron Adán y Eva en el paraíso á los ojos de Dios, despertándose á la vida y comenzando á la cabeza del género humano el curso de sus destinos. La muerte había entrado al mundo por un hombre y una mujer; la vida debía también entrar de nuevo al mundo por un hombre y una mujer; el lugar, pues de partida designado desde la eternidad para la restauración moral del mundo, era el

Calvario. Allí estaban por tanto los dos: Juan y María representando la especie humana que de todas partes afluí para recoger las primicias de la regeneración por la sangre. La mujer venía para conquistar allí sus derechos, porque hasta entonces estaba envilecida, maltrada; se le había desconocido, había sido arrastrada por el lodo, se le habían hollado las insignias de su dignidad de madre y de esposa; su cetro había sido indignamente roto por las pasiones brutales del paganismo; ella en fin, vino ahí donde se le citó á fin de purificarse con la sangre que manara de aquella inocente víctima de su antigua esclavitud, para ascender digna, potente, á la altura de sus nuevos destinos, porque desde entonces la mujer debía ejercer en el mundo un sacerdocio también digno, potente y á la altura de sus nuevos destinos; porque desde entonces la mujer debía ejercer en el mundo un sacerdocio importante: la maternidad.

¿No es en efecto, la mujer quien nos dá todo lo que somos? Ella es quien nos inicia en los inefables misterios de la vida, quien nos hace conocer nuestra existencia con sus cuidados y caricias: ella la primera que nos santigua en nombre de la Trinidad cristiana, que nos habla de Dios y del cielo; ella quien implanta en no-

sotros nuestras primeras ideas, nuestros primeros sentimientos; la madre es la que reconoce el carácter y el genio del niño, aplaude su vocación, lo sostiene contra el descontento paternal, le consuela, le fortifica, y en fin, le entrega á la sociedad. (1) La muger es todavía, la que hace

[1] Lerminier. Filosof. del derecho. t. 1. p. 126.

Por do quiera existe esta influencia, dice Aimé Martin en un libro que estamos muy léjos de aprobar en general, pero que está lleno de sentido y de razon para el objeto de que tratamos. Por do quiera ella determina nuestros sentimientos, nuestras opiniones y nuestros gustos; por do quiera, ella labra nuestro destino. *El porvenir del niño*, decia Napoleon, *es siempre obra de su madre*, y el grande hombre se complacia en decir que debia á la suya haber llegado á tan alto. Ahí está la historia para justificar estas palabras: veinte volúmenes no bastarian para recoger todos los grandes ejemplos de la influencia maternal que se ofrecen á nuestra memoria. Un hijo del pueblo, el célebre Kant, se complacia en repetir que todo lo debia á los piadosos cuidados de su madre. *No olvidaré jamás*, decia en su vejez, *que ella fué la que hizo germinar el bien que se encuentra en mi alma.*

la gloria y la felicidad de la familia, porque su mision nunca termina. Era necesario, pues, de todo rigor, que ella estuviera al pié de la cruz para vigorizarse allí en el sacrificio de toda su vida, á esta inmolation de todos los momentos, á este sacerdocio de la maternidad, que importa nada ménos que las solicitudes del sacerdocio mismo. La muger se sacrifica, como Jesucristo, como el sacerdote, á la conservacion del género humano. La muger, por la cruz, ha tomado al lado de su esposo, el lugar que Eva al lado de Adan antes de su caída, se ha hecho su compañera. (1)

Y nuestro ilustre Cubier, ¿no atribuía á su madre, toda la gloria de sus estudios y de sus descubrimientos? [Educ. de las mad. de fam. c. 4.

[1] Los periódicos han publicado, hace poco, la relacion de un médico inglés que la curiosidad habia conducido al oriente. Llevado por casualidad á un mercado de esclavos, percibió como unas veinte mujeres griegas, medio desnudas, acostadas en el suelo y que aguardaban un comprador: una de ellas habia llamado la atencion de un viejo turco. Este bárbaro tocó sus espaldas, sus piernas, sus orejas, examina su boca, su

A su lado estaba tambien de pié Juan el ingénuo, el cándido discípulo, el apóstol virgen. Consagrado sacerdote horas ántes, habia venido tambien allí para templar sus armas al pié de la cruz; cita general, donde para lo sucesivo era necesario buscar al sacerdote; allí se le comunicó aquel fuego que debia arder siempre sin consumirse jamás: el fuego del amor divino que debia arder siempre bajo pena de muerte; por-

cuello con mucha minuciosidad, como se registra un caballo, y durante esta inspeccion, el mercader hacia valer la belleza de sus ojos, la elegancia de su talle y otras muchas de sus perfecciones, protestando que la pobrecita no pasaba de los trece años, que era virgen, y que por la noche, ni soñaba ni roncaba. En fin, despues de un severo exámen y algunas contestaciones sobre precio, fué vendida en cuerpo y alma en 1375 francos. Es verdad, que poco se contó con su alma para comprarla. La desgraciada, casi desvanecida, en los brazos de su madre, [porque aquella venta infernal se hacia en presencia de ella] imploraba con voz conmovedora el socorro de sus tristes compañeras, que con ella habian sido arrebatadas de la Grecia. Pero en aquella tierra

que para el sacerdote no amar es morir, supuesto que Juan, en la última cena habia reposado sobre el pecho de su Maestro, y de aquel manantial divino habia sacado raudales de amor; habia venido ahí para aprender cuantos sacrificios, cuántos dolores, habia de sufrir en su sacerdocio por amor de su maestro y la salvacion de sus hermanos; vino, en fin, para ser ahí proclamado á la faz del mundo, para ser el protec-

bárbara todos los corazones están endurecidos: la ley es insensible á los males que permite. El negocio fué concluido y la niña entregada á su dueño. Así se desvaneció para ella, como para todas las mujeres en aquellas partes del mundo, el porvenir encantador de amor, de felicidad que la naturaleza les prepara. Esto pasaba en Europa, en 1829, á seiscientas leguas de Paris y Londres, los dos centros del género humano, y en la hora que e cribimos, esta historia, es la de la tercera parte de los habitantes del mundo.

Se leerá tambien con interés, así como con sorpresa, mezcla la de indignacion, el decreto siguiente, fijado sobre los tocadores de las damas turcas, por el gran sultán.

tor nato de la mujer, depositario de las grandezas futuras del género humano: tales eran las intenciones del testador, Juan; esta mujer es vuestra Madre. Sublime adopción, inefable, con-

“En atención á que ha llegado á nuestra noticia, y la de aquellos que por deber están obligados á velar sobre la seguridad de los creyentes, que ciertas mujeres sin pudor y sin vergüenza, á imitación de las mujeres perdidas, y las infieles de Peza, dejan ver su nariz y sus labios á los que pasan, ordeno en nombre del Todopoderoso y de aquel que recompensa la virtud, que las mujeres y las niñas de los creyentes, se abstengan rigurosamente de semejantes indecencias: y que ellas tengan mucho cuidado de ocultarse y cubrirse con su velo la cara, de tal manera que disimulen sus labios y narices, y no dejen que sus velos los revelen estas partes de su rostro, dejando apenas en aquellos la abertura suficiente para andar en las calles, y guardarse así del contacto impuro de los infieles; que pongan mucha atención en lo que mando, porque si nó ¡desgraciadas de ellas!”

Ved lo que es la mujer sin el cristianismo, sin el sacerdote católico.—[Period.: “Los Debates,” 13 de Julio 1841.]

tracto que tiene por testigos á los ángeles, y cuyo signatario es todo un Dios! ¡Dichoza alianza, cuya primer palabra está enlazada á la cruz! Por su Padre, Jesucristo tenía la Divinidad, y por el testamento que se acaba de otorgar, Juan, el sacerdote católico, era el centro comun, el punto de reunión del cielo y la tierra, do la divinidad y la humanidad, la columna misteriosa que une los dos mundos.

Juan era el más jóven de los apóstoles, había estrechado á Jesucristo por inclinación, por amor: por tales motivos, el maestro lo había privilegiado. Le fué dado seguirle á todas partes, participar de todas sus glorias, de todos sus dolores; sobre el Tabor, en las montañas de las olivas y sobre el Calvario.

Juan conservó toda su vida el recuerdo de su maestro; dió testimonio de El, en la paz, en la persecución. Desterrado por la fé á la isla de Pathmos, compuso ahí aquel admirable libro, que con justo título llamó *La revelación de Jesucristo Hijo de Dios*. que no es más que un éxtasis de amor. Sobre la roca del diestro, Jesucristo conversaba tiernamente con su discípulo, lo aproximaba á su Divinidad, y le revelaba sus secretos é inefables designios. A pesar de la profundidad de este libro, no sé qué dulzura y

magnífica impresion de la magestad de Dios se descubren ahí ideas tan altas de los misterios de Jesucristo, un amor tan vivo del pueblo que ha rescatado con su sangre, un cuadro tan consolador de sus victorias y de su reino, cantos tan maravillosos para celebrar sus grandezas, que quisiera uno arrebatárselas al cielo y á la tierra. El maestro se ha revelado en él al discípulo; para comprender al primero, es preciso tener el amor del segundo. Vuelto á Efeso, Juan se aplicó á las funciones de su ministerio; repetia sin cesar estas palabras tan conmovedoras que le dictaban su corazon y su caridad: *Hijos míos, amaos los unos á los otros; este es el precepto del Señor, y si lo cumplis, ésto basta.* Admirable poder del amor que reasume el sacerdote católico y la ley toda. Juan es el eco del amor que resuena eternamente en la Iglesia. Su muerte, como la de María, fué un éxtasis, un sueño de amor, que del tiempo los trasportó dulcemente al reino de su comun maestro y amigo: semejantes al sol que cuando por la tarde ha pasado lentamente de uno al otro hemisferio, desaparece á nuestros ojos para ir á alumbrar más allá de lo mares al otro mundo que los espera.

CAPITULO IV.

LA PRIMITIVA IGLESIA.—SAN PEDRO Y SAN PABLO.

Un grande espectáculo nos presenta la iglesia naciente. Cuando todo estaba consumado, y el sacerdote descendia de la cima del Gólgota, como Moises de la cúspide del Sinaí, radiante de fé, de esperanza y de amor, se lanza al traves de las sombras del paganismo, con la cruz en la mano, esparciendo aquí y acullá los tesoros de luz y de virtud. Su primera predicacion la hizo en presencia de los delegados de todas las naciones, el aire libre, y á fin de que los cua-